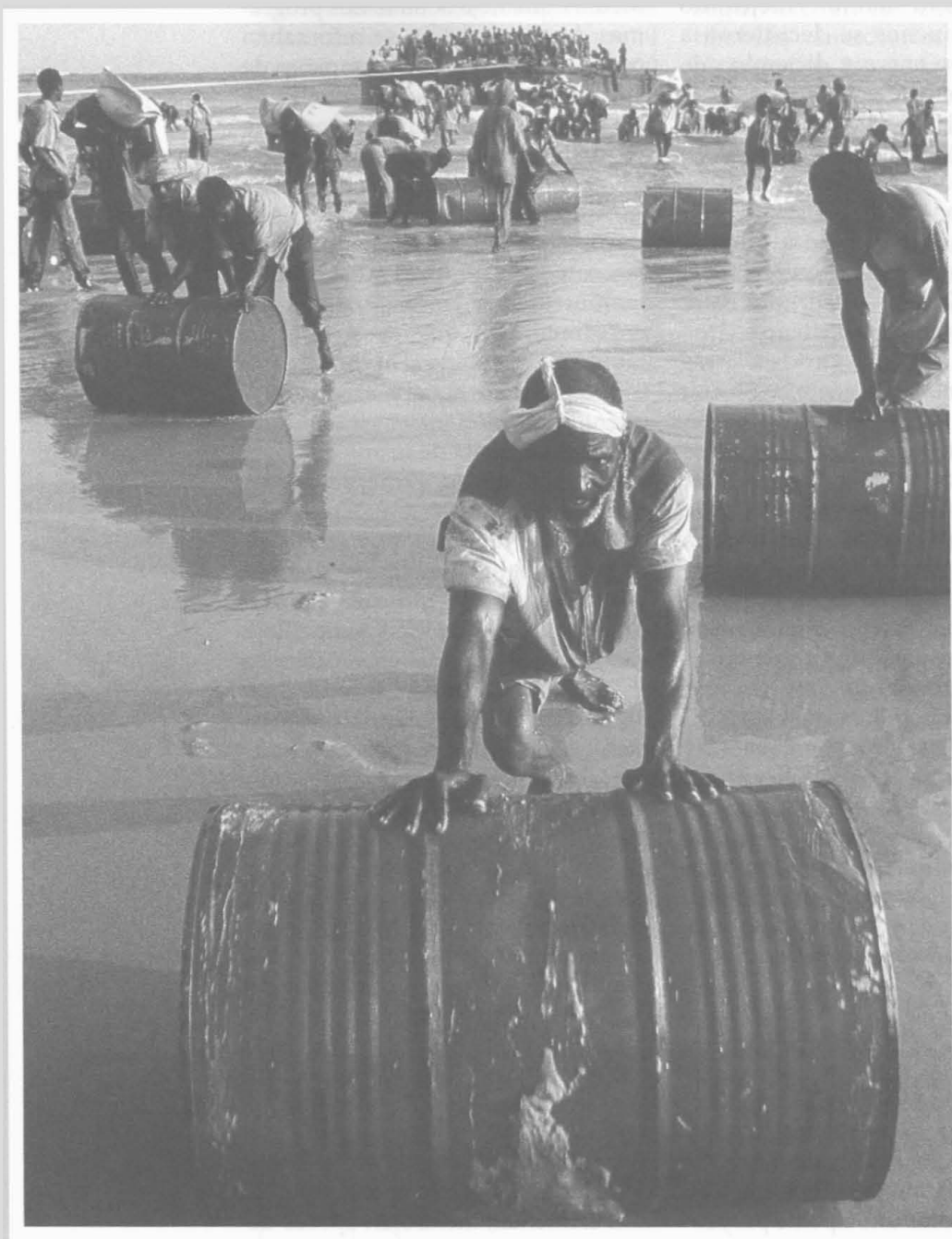




A pesar de la guerra civil, grandes cantidades de suministros de socorro llegaron a Somalia, en gran medida gracias a los esfuerzos y a la labor conjunta de la Media Luna Roja Somalí y el CICR. En medio de la controversia acerca de la intervención de las milicias en los puertos de Mogadiscio y Kismayo, el uso innovador de lanchas de desembarco permitió que los organismos desembarcaran los suministros importados en cualquiera de las playas de este país que dispone de la costa más larga de África.

Somalia, 1992. Foto de Chris Steele-Perkins

refugiados pues como las condiciones de seguridad habían mejorado bastante, muchos se decidieron a volver. Entre enero y diciembre de 1993 el número de refugiados pasó de 300.000 a 100 000 en Etiopía; de 327.744 a 280.000 en Kenya, y de 57.000 a 45.000 en Yemen. En ese mismo período, no se registró ningún cambio en Djibouti donde había 20.000. Se estima que a fines de 1993, había casi 325.000 desplazados entre el norte y el sur de Somalia.

Al igual que la seguridad, otras razones alientan a la gente a volver o la disuaden de ello: vivir al margen de la zona de guerra significa que los campamentos cercanos a la insegura frontera somalí se exponen al ataque de saqueadores armados, sin olvidar, la cantidad de violaciones perpetradas en los campamentos del norte de Kenya que fueron denunciadas. Aparte del trauma propio a la violación y del riesgo de contraer una enfermedad de transmisión sexual - problema creciente en Somalia - las normas culturales culpan a la víctima y a su familia, lo que plantea un problema grave en una sociedad donde la seguridad colectiva depende sobre todo del apoyo comunitario.

A efectos de propugnar el retorno y brindar la asistencia necesaria, el ACNUR ha creado los denominados proyectos de efecto inmediato para resolver aquellos problemas que los refugiados consideran más graves. Se asiste a los mayores de una familia o de una aldea para que hagan una breve visita a su zona de origen y evalúen la situación; luego se les ayuda a elaborar este tipo de proyectos que abarcan entre otros: rehabilitación de pozos, distribución de semillas, materiales de construcción y sistemas de irrigación a pequeña escala. Asimismo, se apoya el retorno bien organizado de todos los habitantes de una aldea ofreciéndoles pequeñas cantidades de alimentos y dinero.

En Somalia, el altísimo índice de mortalidad debido a la inseguridad, las enfermedades y la privación de alimentos pudo contenerse gracias al envío masivo de ayuda alimentaria y a la distribución en múltiples centros de alimentación, muchos de ellos

administrados por el CICR y la Media Luna Roja Somalí. Los programas de alimentación se reforzaban con servicios médicos y campañas de vacunación, dado que en medio de las hambrunas la principal causa de mortalidad no es la inanición en sí sino las enfermedades oportunistas - sarampión, diarrea, infecciones respiratorias, tuberculosis, paludismo, etc. etc. - agravadas por la malnutrición y las bajas defensas; enfermedades que se propagan rápidamente debido al hacinamiento, a la escasez de agua y a un saneamiento precario.

Habida cuenta de lo antedicho, el programa de la Federación en Somalia respalda los esfuerzos de la Sociedad Nacional por crear 50 centros de salud a través del país, de los que se ocuparan más de 500 colaboradores de la Media Luna Roja y en los que se podrá llegar a atender a 500.000 personas. Además de diagnosticar y distribuir medicamentos, en dichos centros se ofrecerán diversos tratamientos, atención materno-infantil, y se impartirá formación a trabajadores de la salud, novatos o experimentados. Todo ello completará la labor de emergencia de organizaciones como UNICEF, que en los momentos más críticos de los combates, logró que el porcentaje de inmunización contra el sarampión pasará de un 40 a un 70% o más, y que se avanzará un poco respecto a otras enfermedades mortíferas.

Todos los esfuerzos que se desplieguen en Somalia en la esfera de la salud deberán comenzar por lo más elemental, incluso en épocas de paz. Las estadísticas oficiales pueden ser muy fantasiosas, ello no impide que traduzcan una vulnerabilidad extrema: en 1987 la esperanza de vida era de 47 años; la mortalidad infantil de 150 por 1.000 y de 190 en los menores de cinco años; y en 1981, 1.100 de cada 100.000 mujeres embarazadas morían de parto. Es muy probable que todas estas cifras sean aún más alarmantes en 1994, incluso si la situación mejora.

Tal como resulta de la baja del precio de los alimentos en Mogadiscio, la crisis mermó entre mediados y fines de 1992. De hecho, los precios

bajaron tanto que surgió otro problema. A finales del año, los agricultores comenzaron a protestar porque el precio del kilo de maíz, 800-900 chelines somalíes, era inferior al costo de producción (1.000 - 1.000), lo que privaba de ingresos a los cultivadores y, a la larga, impediría la recuperación de la agricultura. Al no poder confiar en los precios de los alimentos a largo plazo, los refugiados y desplazados no tenían deseo alguno de volver a su tierra, incluso si reinaba la paz, perdiendo la seguridad que les proporcionaban los centros de alimentación y las raciones garantizadas.

Entonces, el CICR decidió enlentecer la operación de alimentación masiva que llevaba a cabo con la Sociedad Nacional y que en los momentos más críticos había llegado a alimentar a 1.000.000 de somalíes.

La recuperación de la agricultura recobró la marcha en 1993, gracias al aumento de los precios y a las lluvias relativamente abundantes tras dos años de sequía. Se estima que la producción nacional alcanza a satisfacer casi la mitad de las necesidades del país; habitualmente, se subviene a gran parte de las mismas mediante la importación. La

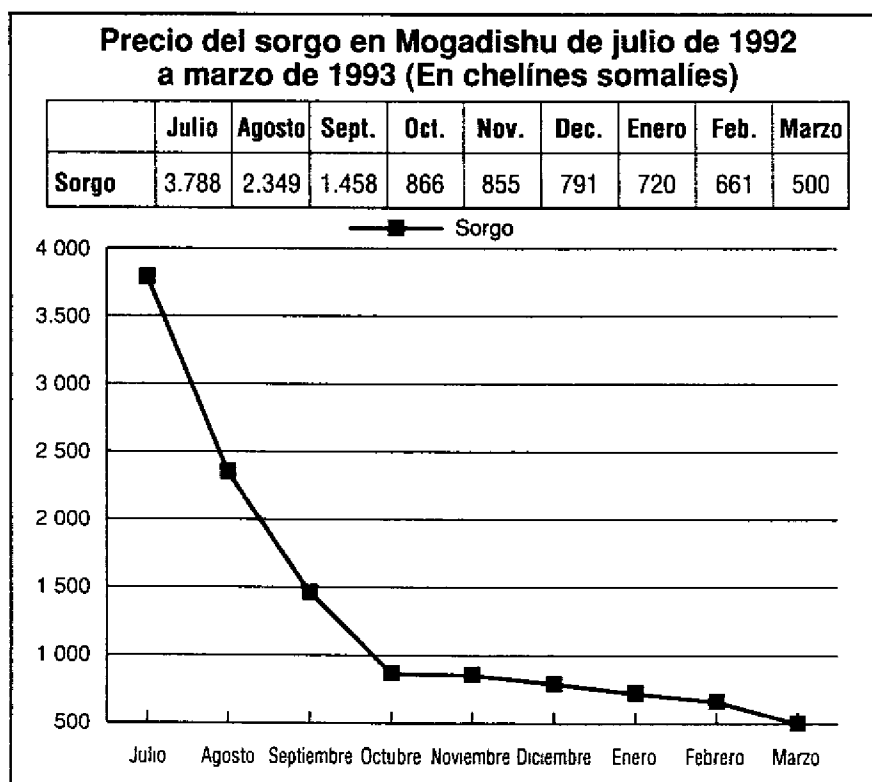
mejora del pastoreo y la creciente seguridad en las zonas rurales, también incidieron considerablemente en los pastores nómades, así como los principales programas de atención veterinaria - los veterinarios del CICR vacunaron a más de 4.650.000 animales - y la rápida recuperación de las actividades veterinarias comerciales.

La exportación de ganado - principal actividad generadora de divisas, que entre 1987 y 1989 ascendía a 100.000.000 de dólares anuales - se derrumbó durante los combates porque no se podían utilizar los puertos. Aunque la falta de certificados veterinarios reconocidos a escala internacional puede haber hecho bajar los precios, las cifras preliminares del CICR permiten suponer que 1993 fue el mejor año de exportaciones del último decenio, ya que se exportaron más de un millón de camellos, ganado vacuno, ovejas y cabras.

Los ingresos por este concepto forman parte de la creciente recuperación económica que aprovecha plenamente la presencia de la ONU y las organizaciones humanitarias, así como las oportunidades legítimas e

El precio de los cereales en el mercado abierto ya había bajado mucho antes de que llegara el contingente principal de las tropas internacionales de mantenimiento de la paz en diciembre de 1992. Hacia marzo de 1993 dicho precio había llegado a niveles prácticamente normales, dado que la economía somalí volvía a funcionar, a pesar de la violencia

Fuente. CARE Somalia, 1993



ilegítimas que ofrece el vacío de poder. Alimentos, medicamentos y demás suministros saqueados han generado mercados florecientes y la ausencia de control en las fronteras con países vecinos, por una vez, eminentemente pacíficos, permite una circulación casi irrestricta. Por otra parte, la costa más larga de África - paraíso de contrabandistas - ofrece a organismos internacionales y empresas privadas la oportunidad de evitar los puertos controlados por los clanes o que se disputan las milicias.

La economía nacional y la afluencia de millones de dólares - que se cambian por chelines somalíes en Mogadiscio - para pagar los salarios de miles de empleados de los organismos internacionales y de los militares, y los pagos y coimas a los contratistas locales, garantizaron la sorprendente firmeza de la divisa somalí. Lejos de caer junto con el gobierno, y respaldada únicamente por la confianza del pueblo, la divisa somalí de la que se robaron grandes cantidades en los bancos, siguió cambiándose libremente en dólares durante toda la crisis. La tasa de cambio fluctuaba entre 3.000 y 5.000 chelines por dólar - 3.800 en diciembre de 1990, antes de la caída de Barre - dicha tasa es un barómetro exacto de la mencionada confianza y de la masa de dólares en el mercado: baja cuando estallan los combates y tras dar signos de debilitamiento cuando parten las tropas de la ONU, aumenta.

A pesar del peligro de que el conflicto perdure, hay muchas razones para ver a Somalia en los umbrales de una situación de recuperación y rehabilitación que ofrece muchas más ventajas que las que suele haber en otros países tras un desastre. Si bien muchos milicianos siguen considerando que tienen la obligación de vengarse de la UNOSOM y de los beligerantes rivales por la muerte de sus compañeros, la reconstrucción en todo el país demuestra que muchos más somalíes están reconstruyendo literalmente sus hogares y comunidades.

La mayor ventaja con que cuenta Somalia es la falta de un gobierno nacional, costoso, improductivo, divisorio y corrupto, y la inexistencia

de pesados gravámenes a las empresas para financiar una vez más al ejército o pagar los 1.900 millones de dólares de la deuda. Ello tal vez explique parte de las dificultades con las que tropiezan los esfuerzos de la ONU por volver a establecer una sola autoridad gubernamental. Asimismo, cabe preguntarse porqué en este mundo de posguerra fría, los donadores externos y los propios somalíes deberían atenerse a los viejos conceptos de gobierno, y desear que se vuelvan a crear empresas estatales mal administradas que monopolicen el agua, la energía, las comunicaciones, así como los puertos, caminos y aeropuertos, cuando las empresas privadas, propiedad de somalíes o administradas por ellos, podrían cumplir esta tarea sin más.

Muchos organismos humanitarios van aprendiendo poco a poco lo que enseña la crisis de Somalia. en cualquier situación de desastre, cuando se trata de llegar a los más vulnerables y brindarles apoyo, lo que cuenta es respetar a los afectados y la realidad de los sistemas creados por ellos mismos, y no las teorías emanadas de estructuras gubernamentales desde la perspectiva de la capital. El supuesto "vacío" de Somalia lo colman aquellos que luchan por salir adelante, procurando dar alguna estabilidad a su vida.

Por ejemplo, la ausencia de un ministerio de cultura y de maestros formados y habilitados por el Estado, no impide que en toda Somalia funcionen escuelas coránicas, financiadas por las comunidades, donde reciben instrucción cientos de miles de niños, incluso los que pertenecen a grupos nómades. Habida cuenta del costo y de la complejidad de poner en pie un sistema de educación, varios organismos tratan de trabajar con las instancias comunitarias para restablecer la enseñanza primaria, centrándose en la alfabetización y el cálculo elemental.

Tal vez no haya un ministerio ni un sistema de salud, pero además de los curanderos y parteras tradicionales, las tiendas que comercializan los medicamentos en cada ciudad ofrecen asesoramiento, recetan y venden una amplia gama de medica-

mentos modernos, algunos robados, a los organismos de ayuda, y otros, importados de Kenya u otros países.

Por lo tanto, el reto que se plantea no es la vana esperanza de crear un sistema de servicios de salud gratuitos para toda la población sino de mejorar la calidad de la atención a través de infraestructura existente - las tiendas de venta de medicamentos, por ejemplo - concentrándose en los más vulnerables e integrando los programas de atención primaria de salud de los organismos internacionales a las empresas comunitarias autofinanciadas que ya están en pie.

Incluso si las milicias tasan los cargamentos de alimentos y si hay que pagar a los grupos que controlan puertos y aeropuertos, al no haber impuestos ni control de cambios, algunas facetas de las operaciones de los organismos humanitarios no solo se libraron de complicaciones burocráticas sino que resultaron mucho más baratas en comparación a intervenciones anteriores, en cualquier otro punto del Cuerno de Africa.

A todas luces, Somalia es un país donde los organismos humanitarios han tenido y seguirán teniendo grandes problemas para cumplir su labor eficientemente, el secuestro de socorristas extranjeros o los ataques concretamente dirigidos contra ellos a principios de 1994, obligaron a algunos organismos a limitar o suspender las operaciones. Ahora bien, la experiencia demuestra que para trabajar con toda seguridad en medio del interregno de un país despedazado, de nada sirven escoltas militares o guardias armados, la mejor solución es granjearse la confianza, el apoyo y la protección de la comunidad a la que se presta asistencia.



A pesar de la guerra civil y el vacío de poder, muchos sectores de la economía comienzan a revigorarse: los mercados bullen y el chelín somalí - respaldado únicamente por la confianza de los somalíes - se mantiene relativamente estable frente al dólar. La exportación de camellos, ganado vacuno, cabras y ovejas a los Estados del Golfo registró un aumento fulminante en 1993, alcanzando el mismo volumen que en los años de preguerra ya que se exportaron 1.000.000 de reses.

Somalia, 1993. Foto de Chris Steele-Perkins

Enfoque 5 - Agua para Hargeisa

En un país expuesto a la sequía donde el agua es cara y escasa, el suministro de agua pura y barata supone una gran diferencia en los ingresos y las perspectivas familiares. En una región donde el agua es el vector principal de enfermedades infantiles, garantizar el suministro de agua pura es crucial para subsanar la situación. En una ciudad devastada donde la falta de agua obstaculiza la reconstrucción y puede generar conflictos, instalar surtidores cerca de las casas contribuye a consolidar la seguridad social, política y económica, ya que no solo permite mejorar la producción agropecuaria a pequeña escala y sustentar la actividad comercial sino que además, las mujeres disponen de más tiempo para ocuparse de sus familias y de ellas mismas.

Hargeisa, en el noroeste de Somalia, se va recuperando lentamente de la enorme destrucción de los bombardeos de las fuerzas aéreas en 1988 y de la guerra civil que duró hasta 1991, que obligaron a huir a los 600.000 habitantes. El sistema de suministro de agua de la ciudad quedó prácticamente destruido. Los 300.000 habitantes que retornaron solo disponían del río Tug - donde también se bañan y abrevan los animales y que está contaminado por las aguas servidas - y 170 pozos superficiales, cavados a lo largo de dicho río.

En 1991, con 1.000.000 de dólares de la "US Agency for International

Development", contratistas somalíes, apoyados por UNICEF, comenzaron a reconstruir el sistema de suministro de agua de la ciudad, tarea que prosigue en 1994 y en la que se llevan invertidos 1.400.000 dólares. Los resultados del programa ya son palpables puesto que se abastece de agua pura a varios miles de habitantes. Si esta iniciativa prosigue y se desarrolla, demostrará lo que se puede lograr apenas acabada una guerra, concentrándose en los servicios básicos para subvenir a las necesidades prioritarias de la gente.

El agua se bombea de los pozos de una zona llamada Ged Deble a unos 25 km al noreste de Hargeisa, y se vende en cinco puntos de distribución al precio sumamente abordable de 2.150 chelines somalíes, el bidón de 200 litros. Los ingresos tal vez no basten para reembolsar el capital invertido, ya que se trata de un préstamo comercial, pero una vez pagados los salarios de los 159 empleados administrativos, técnicos, financieros y de seguridad, y sufragados los costos de operación y mantenimiento queda un pequeño superávit.

El organismo que se encarga del suministro de agua forma parte de la intendencia y depende de la Municipalidad de Hargeisa. La junta directiva está integrada por el alcalde, los jefes de los consejos departamentales y el presidente del organismo. Esta estructura paraestatal, donde el control real es competencia del gerente del

organismo, se creó en diciembre de 1992, tras dos intentos fallidos de transferir la administración del programa al Ministerio de Recursos Acuáticos y Minerales de lo que sería la república independiente de Somalilandia. Los cortes de agua, imputables a las querrelas entre clanes y a la corrupción, han dejado de existir desde que este organismo asumiera el control del abastecimiento.

El sistema inicial fue instalado por ingenieros del gobierno chino entre los años 1970 y 1980 y costó unos 80.000.000 de dólares. En Gede Deble hay 12 pozos que producen un promedio de 60 metros cúbicos por hora y alimentan un tanque desde el que se bombea el agua a otro tanque, que se encuentra en Biyo Jadar a 12 km de Hargeisa, y desde este último a la ciudad. Las estaciones de bombeo fueron destruidas durante la guerra. Se rehabilitaron seis pozos y ambos tanques, se instalaron bombas y turbinas nuevas y el sistema produce entre 1.000 y 1.500 metros cúbicos por día que se distribuyen por los puntos o quioscos de la línea que atraviesa la ciudad de norte a sur. En dichos quioscos, el agua se vende directamente al consumidor y a los pequeños comerciantes que cargan sus camiones cisternas o carros tirados por burros para revenderla a los clientes que viven lejos. Actualmente, la mitad de la población de Hargeisa tiene acceso al agua potable y parte de ella se distribuye gratuitamente a hospitales y orfanatos.

Esta agua es química y biológicamente pura. En una encuesta realizada entre 176 hombres y mujeres de todas las edades, se constató que un 76% se sienten mejor con el nuevo suministro y un 75% asevera que tuvo resultados positivos en la salud de los niños. Los quioscos, han incrementado el consumo de agua de un 38% y un 58% pierde menos tiempo en ir a buscarla. Un tercio emplea el tiempo ganado para hacer negocios, otro tercio para ocuparse de la familia y casi un quinto lo destinan al esparcimiento, principalmente a mascar "chat" planta narcótica muy común en Somalia.

El litro de agua se vende a unos 10 chelines somalíes de ahí que en más del 50% de los hogares objeto de la encuesta se pudiera comprar más de 120 litros por día.

Venta de agua en Hargeisa

Escala de gastos	Número de hogares	Porcentaje
< 800 chelines s.	50	28
900-1.200	41	23
1.300-1.500	11	6
1.600-1.800	12	7
1.900-2.100	8	5
2.200-2.400	14	8
2.500-2.700	3	2
2.800-3.000	2	1
3.000-5.000	14	8
6.000-10.000	7	4
> 10.000	7	4
Otros	2	1
Total	171	100

Si bien un tercio de los consumidores que participaron en la encuesta viven en un radio de 500 metros del punto de distribución y casi la mitad puede aprovisionarse más cerca que antes, al haber solamente cinco quioscos en Hargeisa que tiene una superficie de 170 km², un 40% de los consumidores vive a una distancia de 2 a 4 km de un quiosco y un 25% tiene que recorrer más de 4 km para procurarse el agua. Ya se ha iniciado la ampliación de las cañerías y están previstos otros 20 quioscos, que según las estimaciones costarán unos 300 000 dólares, para que toda la población pueda abastecerse de agua pura sin tener que recorrer grandes distancias.

Además de pedir otros quioscos, los consumidores querían que el agua fuera más barata. Al precio actual, un 28% gasta menos de 800 chelines somalíes - unos 25 centavos de dólar - por día, y otro 23% entre 900 y 1.200; la mayoría asevera que consumirían el

doble si costara la mitad. Algo más del 50% de los encuestados compran menos de 10 litros por día y un 85% menos de 15, cantidad bastante inferior al mínimo de 20 litros diarios, recomendado por la Organización Mundial de la Salud. Si los 804 metros cúbicos, que es el máximo que puede producir el sistema, se repartiera entre los 300.000 habitantes, cada uno recibiría menos de 3 litros por día.

Los ancianos de Hargeisa dicen que la ciudad ha sufrido una escasez crónica de agua desde que fuera fundada hace 120 años. Aparte del río y de los pozos privados se cuenta con el agua recogida durante la estación de lluvias que dura cinco meses; de abril a junio la venta disminuye un tercio aproximadamente.

Muchas familias de la ciudad y de las aldeas vecinas, se abastecen gracias a los revendedores "minoristas" que transportan el agua en camiones cisternas o en carros tirados por burros.

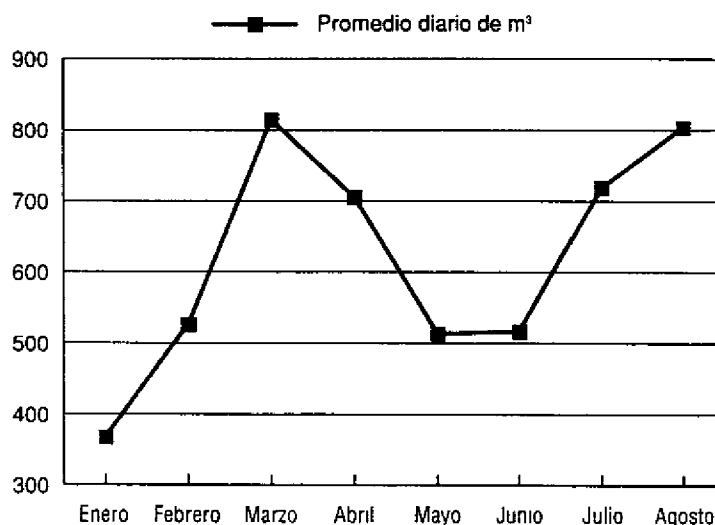
Actualmente, el agua que se compra a los revendedores de los camiones cisterna cuesta entre 7.000 y 9.000 chelines somalíes; el precio varía en función de la demanda y la distancia. Haciendo cuatro viajes por día un revendedor puede ganar hasta 50.000 (13 dólares); este es uno de los negocios de la región que aporta mayores beneficios. Los carros tirados por burros que transportan el agua en dos tanques soldados uno con otro hacen entre cuatro y siete viajes por día.

A pesar de que los revendedores se quejan de los cortes de agua y del precio de respuestos y combustible, la ciudad dispone de un parque de 160 camiones cisternas y 500 carros tirados por burros. En agosto de 1993, mes de mayor consumo, los camiones cisternas realizaron el 44% de las ventas, con una ganancia global neta de 257 a 363 millones de chelines somalíes, según el precio que aplicaban; los carritos se adjudicaron otro 26%, ganando entre 152 y 215 millones. El total de ventas del sector privado se cifró entonces entre 409 y 578 millones; ese mismo mes, los ingresos del servicio público (Hargeisa Water Authority) ascendieron tan solo a 259 millones. Cuando la ciudad disponga de más quioscos, los ingresos de los revendedores disminuirán - situación que afectará a unas 5 000 personas - pero reducirá los costos para la gran mayoría, incrementando considerablemente el consumo y los ingresos del servicio público.

Aumentar la producción no solo entrañará una mayor inversión de capitales sino que mejorará la administración somalí de un programa más amplio que requerirá mucho más personal, incluidos los efectivos de seguridad. Al comienzo del proyecto, las perforaciones de cañerías y la intimidación por parte de milicias armadas obligaron a las autoridades a gastar 55 millones de chelines somalíes en la contratación de 300 efectivos de seguridad por cuatro meses. Además, en términos ambientales más amplios, habrá otros costos potenciales pues se supone que más consumidores reciban la autorización del Ministerio de Agricultura de conectar cañerías al acueducto central para suministro local.

Venta de agua en Hargeisa

Mes	Promedio diario en m ³
Enero	368
Febrero	527
Marzo	815
Abril	706
Mayo	514
Junio	517
Julio	719
Agosto	804



Tal como lo demuestra la curva, la venta de agua disminuye durante la estación de lluvias.

Fuente: UNICEF Somalia, 1993

proceder que contradice la política de preservación a largo plazo, prevista por el Ministerio de Recursos Ácueos y Minerales.

Dado que al principio, el programa supuso un incentivo de capitales más que de trabajo y contó con el aporte de contratistas extranjeros, se reconoció la necesidad de incrementar la participación de la comunidad. Los ancianos entrevistados en el curso de la evaluación inicial del programa, acogieron con beneplácito el nuevo sistema pero todos aseveraron que hacían falta más quioscos y que era preciso bajar los precios. La participación de las mujeres es vital y sus sugerencias deberían tenerse en cuenta para elegir el emplazamiento de los quioscos y diseñar el sistema, lo que contribuiría a poner coto al vandalismo y a limitar las eternas disputas de los propietarios de la tierra acerca de la construcción de los surtidores.

El agua es un elemento esencial al desarrollo sostenido del noroeste de

Somalia, donde la economía prospera, aun si no dispone de un sistema bancario oficial, ni de un gobierno reconocido internacionalmente, ni recibe grandes cantidades de ayuda exterior.

La exportación de ganado y el efectivo que remiten los somalíes que trabajan en el extranjero aportaron la estabilidad de la tasa de cambio, la disponibilidad de alimentos en los mercados gracias a la ampliación de la agricultura y un floreciente sector marginal que emplea a muchas mujeres que, de hecho, son jefes de familia.

No obstante, subsisten varios problemas ya que 200.000 habitantes de la región siguen refugiados en Etiopía y cientos de mules son todavía vulnerables a la sequía o a un nuevo conflicto. Pero el millón de habitantes de la autoproclamada "Somalilandia" ha creado consejos comunitarios y

comités regionales para el desarrollo con el propósito de resolver por sí mismos sus propios problemas. En Hargeisa, ejemplo de la viabilidad social de los programas que responden a las necesidades más elementales de la gente, los quioscos trabajan del amanecer al anochecer, los habitantes llenan sus recipientes sin riesgo alguno y los camiones cisterna y los carros tirados por burros circulan libremente por la ciudad, distribuyendo agua pura, elemento vital de recuperación después de un desastre.

Basado en "Evaluation of Hargeisa Town Water Supplies" informe destinado a UNICEF, Somalia, escrito por Petros Gebeto, consultor.

*Ex Yugoslavia**Retos al quehacer humanitario*

Guerra, hambre y pobreza conforman un desastre que afectó a millones de personas en 1993; más de tres millones de refugiados y poblaciones enteras donde muy pocos escaparon al deterioro económico, sin olvidar las crecientes presiones que sufrió la ayuda humanitaria internacional.

Desde que estallara el conflicto en 1991, la crisis no ha cesado de cambiar: nuevas fronteras, más y más afectados, multiplicación de problemas y dificultades, y aumento de costos. La rapidez, escala y complejidad del desastre ha requerido mucha inventiva por parte de la comunidad humanitaria que, al menos en los primeros momentos, tuvo que hacer gala de gran ingeniosidad para proponer soluciones ad hoc e intervenciones limitadas y planificadas minuciosamente.

La intervención humanitaria ha sido una de las operaciones de mayor envergadura y complejidad donde el número de refugiados es el más alto de Europa desde la segunda guerra mundial. Por otra parte, la situación comportaba innumerable riesgos y era directamente hostil, dado que no solo el principal objetivo eran los civiles mediante la denominada "depuración étnica", sino que además, todas las partes en el conflicto obstruyeron sistemáticamente las operaciones humanitarias, llegando incluso a atacar al personal.

Para muchos organismos con amplia experiencia en el mundo en desarrollo, esta crisis supuso un entorno de trabajo completamente nuevo, donde se combinaban demandas de combustible y de refugio para campar el largo invierno europeo, y

las presiones de operaciones de ayuda politizadas bajo los proyectores de los medios de comunicación que podían llegar desde las principales capitales europeas en unas pocas horas de ruta. A todo ello se sumaban las grandes expectativas de los refugiados y los desplazados capaces de manifestar su rabia y frustración, por ejemplo, construyendo un muro simbólico en torno al cuartel general de la ONU para protestar contra la "incapacidad de acción" de esta última.

Si bien a comienzos de 1994 hubo un avance positivo hacia la paz, a lo largo de 1993 los esfuerzos por encontrar soluciones políticas y lograr la pacificación fracasaron, al tiempo que el conflicto proseguía y la economía de todas las repúblicas se deterioraban de más en más. Junto con el costo de la guerra aumentaron las repercusiones de las sanciones, el éxodo de trabajadores calificados y la fuga de capitales, por lo que la recesión económica se acentuó y la inflación se disparó.

Todo ello agravó la vulnerabilidad de diversos sectores de la sociedad. Los precios aumentaron y disminuyó el valor adquisitivo de los salarios, muchos se quedaron sin empleo y el trabajo temporario prácticamente desapareció. Quienes disponían de un ingreso fijo, vieron aumentar los gastos y disminuir los ahorros; los empleados estatales - doctores, maestros y funcionarios - costataron que los aumentos de salario no compensaban la inflación y los apremios fueron aun mayores aquellos que tenían una familia numerosa.

Casi todos los Estados creados en la ex Yugoslavia experimentaron el

resquebrajamiento de la base impositiva, la recesión económica generalizada y la inflación al tiempo que el número creciente de desamparados hacía aumentar la demanda financiera. Salud, enseñanza y bienestar social - incluidas las necesidades de los discapacitados mentales y físicos - se resintieron de la situación.

Hacia fines de 1993, los refugiados y desplazados por la guerra eran más de 3.700.000. Muchos partieron luego al extranjero pero la mayoría permanece aún dentro de las fronteras de la ex Yugoslavia y no viven en campamentos ni "centros colectivos" (hoteles, complejos turísticos, cuarteles y otros edificios públicos) sino en casas de "familias de acogida" ya sea de amigos o parientes directos y lejanos.

Todos ellos pensaban que se trataría de una situación transitoria y que no pasaría mucho tiempo antes de que pudieran volver a sus hogares, trasladarse a otro sitio o dejar el país. Por múltiples razones estas familias de acogida representaban la mejor solución a corto plazo, aunque más no fuera porque la otra alternativa era instalarse en tiendas de campaña.

La prolongación del conflicto impidió que millones de ellos retornaran al hogar y en algunos países surgió un movimiento de resistencia contra la acogida de refugiados de la ex Yugoslavia; resistencia que creó nuevos problemas como por ejemplo el de que los solicitantes de asilo que habían recorrido más de un país fueran deportados al primer país donde habían estado, en general, se trataba de los países fronterizos con la ex Yugoslavia donde también abundan las dificultades. Los refugiados son tan solo una de las consecuencias que viven otros países de la región a raíz del conflicto, entre otras, el costo de las sanciones y la pérdida de mercados sin olvidar las transformaciones económicas desde finales de la guerra fría. Los pueblos de la ex Yugoslavia tienen muchos vínculos con las minorías de toda la región - los húngaros de Vojvodina y los albaneses de Kosovo - así como con las diputas entre Grecia y la ex República de Macedonia que podrían resultar en una regionalización del conflicto.

Dado que solo unos pocos refugiados y desplazados que se habían instalado pudieron partir, y que las semanas de estadía se convirtieron en meses y años, las dificultades se agravaron. Todos son vulnerables pero como están desperdigados entre la población local es difícil dar con ellos, determinar sus necesidades y hacerles llegar los suministros o brindarles los servicios que les hacen falta. Debido a su presencia, en las casas de acogida suelen abarrotarse tres o cuatro personas en una pieza, lo que multiplica las tensiones sociales y psicológicas y puede llegar a crear problemas de salud e higiene. En un principio, el compartir de recursos contribuye a mantener los niveles de nutrición pero a medida que pasa el tiempo y no se recibe ayuda alguna del Estado o las organizaciones humanitarias, dichos recursos se agotan y tanto las familias huéspedes como las anfitrionas se vuelven vulnerables.

En los centros colectivos atestados, refugiados y desplazados viven en medio de tensiones, temores y depresiones a raíz de las traumáticas experiencias que unos y otros atravesaron y de la precariedad de su situación actual. La pérdida de todo aquello que representaba el pasado - hogar, trabajo, familia, comunidad y posesiones - unido al hecho de negarse a aceptar que no hay posibilidad alguna de retorno, y de hecho, la mayoría no podrá volver, desanima e impide hacer planes para el futuro. Muchos pierden las esperanzas y se dejan embargar por la aflicción, a pesar de los esfuerzos del personal de ayuda nacional e internacional del que forman parte 200 trabajadores sociales del programa de bienestar social de la Federación y las Sociedades Nacionales.

Un funcionario que trabaja con los refugiados en Zagreb recuerda su propia experiencia de refugiado en épocas de guerra en Europa: "Uno no hace nada, se sienta y espera. Cualquier esfuerzo que trate de hacer implica pasar frío y hambre, mojarse, ensuciarse y cansarse. De todos modos la ayuda llegará y todo irá mejor ¿para qué molestarse? y si no llegara, no se puede hacer nada. Esta

era nuestra actitud hasta que supimos que la guerra había terminado y que volvería la paz". Otro factor fomenta la pasividad de los refugiados: la política de no integración que practican todas las repúblicas de la ex Yugoslavia, manteniéndolos al margen de la sociedad que los acoge con la intención de sacárselos de encima.

Una característica propia a la ex Yugoslavia en lo que se refiere a las necesidades de carácter humanitario fue la correlación entre la disminución de refugiados y desplazados en varias repúblicas y el aumento de los llamados "casos sociales" en las sociedades de acogida. Si bien siempre resulta difícil confiar a ciegas en las estadísticas sobre poblaciones "ambulantes", en varias repúblicas el número de refugiados y desplazados disminuyó y el de casos sociales aumentó aceleradamente.

Según informa el ACNUR, el número de beneficiarios de ayuda - refugiados, desplazados y casos sociales - en Bosnia-Herzegovina pasó de 810.000 a 2.740.000 entre enero y diciembre de 1993. Ahora bien, en Croacia el número de refugiados pasó de 573.000 a 542.000, en Serbia de 463.000 a 328.000 y en Montenegro de 64.000 a 31.000. En Macedonia el número no cambió ya que sigue habiendo 32.240 refugiados, procedentes de Bosnia-Herzegovina, Croacia y Albania.

No se ha logrado determinar la razón precisa de estas disminuciones, ya que quienes parten rara vez explican el porqué, pero tal vez se

deban a que muchos volvieron a sus hogares o regiones a medida que la situación se estabilizaba; otros tantos partieron al extranjero sin figurar en los registros del ACNUR o de los gobiernos, y algunos cedieron a las presiones para enrolarse y no ser inculcados de desertión.

En todas las repúblicas, las organizaciones humanitarias tuvieron que hacer frente a la agudización de la crisis, atendiendo a sectores enteros de la población cuya vulnerabilidad es producto de la guerra, los desplazamientos y la recesión económica. El apelativo "caso social" abarca a quienes al perder el empleo se quedaron sin recursos, a miles y miles de mujeres jefes de familia, a casi todos los jubilados y a los trabajadores cuyos ingresos perdieron valor adquisitivo debido a la inflación galopante.

El mayor aumento de casos sociales se registró en Serbia-Montenegro, donde el gobierno se ocupa pura y exclusivamente de la guerra, olvidando por completo el bienestar de la población y, donde las sanciones del Consejo de Seguridad de la ONU paralizaron la actividad económica y obstaculizaron los esfuerzos de las organizaciones de ayuda - entre ellas, las propias instituciones especializadas de la ONU - por subvenir a las crecientes necesidades del ciudadano común.

En Serbia-Montenegro, el índice de desempleo en 1993 ascendía a un 70% y la inflación casi al 25.000%; había 1.700.000 casos sociales

Nutrir a la familia en Knin				
		Costo diario (en dólares al cambio oficial)		
Artículos	gr. por día	abril	julio	septiembre
Harina de trigo	450	0,61	1,30	3,00
Aceite (litro)	30	0,30	0,41	0,37
Azúcar	25	0,10	0,26	0,38
Total		1,01	1,97	3,75
Salario medio (en dólares)		12,00	6,67	3,39
Total = % de salario		4,70	29,60	96,60

A raíz de la inflación galopante, el poder adquisitivo de los salarios es prácticamente nulo, en septiembre de 1993, el precio de la canasta familiar equivalía al 96,6% del salario.

Fuente: "WHO Former Yugoslavia Health Monitor" 1993